

ES

## EDITORIAL

### Espacios posibles

*Los museos de verdad son los sitios en los que el tiempo se transforma en espacio,*

**Orhan Pamuk**

Si hacemos balance de lo que hasta el momento ha prevalecido en las reflexiones compartidas en estas páginas, podemos incidir en una idea: la ciudad es tiempo y espacio de posibilidad. ¿Qué, si no, define su carácter histórico, orgánico y relacional? ¿Cómo entender de otra forma las transformaciones que operan continuamente en el devenir de lo urbano? Hablamos de la ciudad real, la que se sitúa en la intersección de las políticas culturales, las estructuras materiales y las dinámicas personales. La ciudad como realidad imaginada, pensada y diseñada, pero también como entidad sentida, experimentada y compartida. La ciudad contradictoria e imperfecta. La posible por inacabada, la de verdad.

Decía José Luís Borges que el ser humano es memoria, un quimérico museo de formas inconstantes, un montón de espejos rotos. Como las personas, las ciudades también se definen por su memoria, en su caso, un conjunto de prácticas sociales que basculan entre la protección y la innovación, la contemplación y la intervención, la integración y la ruptura. Estas experiencias son necesariamente conflictivas porque están atravesadas por desigualdades económicas, sociales, culturales y políticas. Por eso acaban dejando unas huellas en el espacio compartido —ya sean calles, plazas o parques— que pueden adquirir innumerables formas. Son prácticas paradójicas que van perfilando la identidad de la ciudad como si de un borgiano mosaico de cristales rotos se tratara. Veamos el ejemplo de Barcelona que, como recuerda José María Montaner, apostó en su momento y con notable éxito por mostrar su patrimonio modernista, pero a costa de borrar su memoria industrial y obrera. O el caso de Carcasone, oculta bajo el ropaje de la recreación histórica; o de Zamora, desdibujada al convertirse en escenario de recreaciones como la batalla de Berlín o de Stalingrado. Las tensiones emergen en las grietas de todas esas experiencias culturales, recordándonos que la ciudad no es más que otro quimérico museo de formas inconstantes. Las impresiones históricas se solapan, las maneras de expresar son múltiples y mestizas, las comunicaciones se vuelven complejas. Ya nada es lo que parece en las ciudades posmodernas pero, al tiempo, todo parece que va siendo a medida que se producen políticas de reapropiación cívica de la cultura.

En este número nos adentramos en los interrogantes que plantea esa reapropiación. Con mayor o menor medida y acierto, la instrumentalización del patrimonio cultural y artístico de las ciudades es hoy una constante y nunca está exenta de contradicciones. Los museos son piedra angular en enfoques que pretenden recapitalizar las ciudades invirtiendo en instituciones ya consagradas o consagrando otros espacios con pedigrí artístico. Son *museos marca* que prestigian el espacio e impulsan la imagen de la ciudad aunque repercuten de manera muy desigual en la vida de la comunidad. Nadie discute su relevancia histórico-artística pero sí existen corrientes críticas que cuestionan, por ejemplo, su priorización —cuando no exclusividad— en la obtención de recursos en detrimento de otras vías y espacios de creación y promoción cultural.

Nos interesan especialmente aquellas posiciones desde las cuales el arte no decora el escenario de las ciudades, sino que forma parte del sentido que se construye desde las dinámicas urbanas cotidianas. Las que entienden lo artístico como parte de la expresión estética que va más allá de la mera exhibición. Las que recuperan el valor de la creación cultural como una experiencia relacional que genera encuentros e interlocuciones entre instituciones y otros espacios socializadores. Nos interesa subrayar la potencialidad que para la revitalización cultural de lo urbano tiene la perspectiva de colectivos que entienden el patrimonio cultural no como excepción elitista, objeto de coleccionista o souvenir, sino como expresión de los derechos culturales que asisten a la ciudadanía. Es desde esta lógica que la naturaleza reservada y pasiva de los museos puede mutar hasta convertirse éstos en auténticos dinamizadores culturales, económicos y sociales.



Como se advierte en este monográfico, ello es posible cuando las políticas culturales sobre patrimonio asumen una dimensión educativa. No puede ser de otro modo, ya que, en sentido estricto, la conciencia de que el acto estético enlaza paradójicamente el sentir y el pensar, también se aprende. La experiencia estética es un acto supremo de la razón, en palabras de Hegel, y debería ser objeto de intervenciones pedagógicas desde cualquier instancia socializadora, incluidos los museos. Ese acto estético implica recuperar la noción de los sentidos, de inmanencia y de materialidad en un momento en el que la virtualidad difumina aún más si cabe la percepción del espacio. Hoy es posible visitar las más preciadas colecciones museísticas, aspecto que se ha reafirmado durante las restricciones por la pandemia de COVID-19, pero es una experiencia sin lugar, una percepción desubicada y sin corporeidad. Cuando lo contemplativo se limita a la imagen predomina el tiempo, el momento de la contemplación. Pero cuando esta contemplación forma parte de un itinerario, una visita, un encuentro, la experiencia despierta otros sentidos y otros saberes. Es entonces cuando la exposición cobra sentido comunitario, cuando el tiempo vivido en el museo se transforma en espacio posible, siguiendo a Orhan Pamuk.

Por otro lado, la conciencia del acto estético en la ciudad y en los museos remite siempre a la conciencia situada, la que es capaz de conectar la cultura con cualquier otra dimensión que condiciona el estar entre los otros, ya sea económica, laboral, política o sanitaria, y reconoce las diferentes referencias materiales y simbólicas desde las que parten los diversos sectores sociales. La repercusión del museo en la ciudad adquiere entonces un sentido crítico y potencialmente emancipador y la ciudad entra y da sentido al museo. De esta forma, el acto estético puede convertirse en un auténtico acto de aprendizaje tanto individual como colectivo. Un aprendizaje que contribuye a preservar la memoria y a construir nuevos mundos de significado cultural y artístico. Otros espacios posibles.

Castelló, diciembre de 2021.